

La cosa viene de muy atrás.

La Decadencia del Diablo es una secuela de su Caída.

En aquellos tiempos en que los géneros literarios eran todos de una seriedad y tremendismo monótonos y aterrados —Biblia, Teología dogmática, Teología moral...— las dotes novelísticas de los creyentes se explayaban componiendo Leyendas doradas, Vida de los Padres del Desierto, Evangelios nuevos, Apocalipsis...; y las facultades filosóficas de los creyentes ejercitábanse complacientemente en novelas ideológicas, cual la Angelología o Demonología —teoría de espíritus puros, buenos y malos— cuando tantas cosas urgentes y al alcance de la mano, humildes y prácticas, faltaban por hacer —en sanidad pública, por ejemplo.

Eso sí, pocas veces o ninguna las alas del alma, que diría Platón, habían volado más alto y ascendido más fácilmente, desde unas vagas palabras de la Biblia, vagas y encima de eso retraducidas, hasta teorías sobre Trinidad, Creación —y espíritus puros. No podía faltar el efectismo dramático multiseccular de la lucha entre el Bien y el Mal, y la participación conjunta de los espíritus puros en buenos y malos y a alguno tenía que tocar hacer de malo. Eso de tocarle ser malo a un espíritu puro —todo él mente intuitiva y voluntad racio-

nal, fuera de pasiones, afectos, sentimientos, nada digamos de cuerpo— no resultaba racionalmente admisible. Él había de ser quien, libérrimamente, se hiciera malo, y el malo: espíritu malo y maligno.

Y los teólogos, por lo que de filósofos tenían soterrado, disputaron larga y sutilmente sobre si los ángeles se dividieron en buenos y malos ya en el instante mismo de su creación; si su vida moral, su vida libre, duró un solo instante, y en él se decidió su suerte eterna: la cristalización de unos en el Bien —Miguel y compañía— y el empedernimiento de otros en el mal —perla negra de Lucifer y sus legiones.

¿Por qué cayeron? No viene a cuento repetir aquí las piruetas filosóficas de los teólogos para adivinar, o dar la apariencia de deducir la causa, motivos, ocasión o tropiezo de la caída. Cayeron ciertos ángeles, y se trocaron sin remedio ya en diablos. Aunque, como advierte de manera expresa Santo Tomás, la obstinación en el mal: la causa que hace al diablo eternamente diablo, «no provenga tanto de la gravedad de la culpa, cuanto de la esencia o condición de ángel» (*Summ. Theol.* Part. I, cuest. LXIV art. 2). Lo desconcertante para nosotros, herejes desgraciados y filósofos descreídos, es que, dicha tal sentencia, no se horrorizara Santo Tomás de lo dicho en ella. Traguémonos, pues, nosotros —imitándolo, al menos en esto— el horror y veamos el capítulo siguiente de la novela: *la decadencia del Diablo*.

II

«Del árbol caído todos hacen leña», advirtió ya el refranero clásico. Y de leña sirvió el desventurado de Diablo. Los teólogos, sin compasión alguna, y como si fuera poco su infortunio, cargaron a su cuenta la caída de Adán y Eva, el mal gusto, ambiguamente prefreudiano, de tomar el Diablo cuerpo de serpiente para seducir a la primera madre del género humano, y la atinadísima, iba a decir casi infalible, treta de prometer la ciencia del bien y del mal con sólo comer de la fruta de un árbol —sencillo, sin duda, barato y agradable pro e imiento. La moral entró en el mundo por el Diablo, y por la fruta; mas a la cuenta del Diablo sólo se apuntó lo de

ciencia del mal, no su necesaria comparte y condición: ciencia del bien. ¡Así somos de desagradecidos todos: teólogos y filósofos, al Diablo!

El Diablo decayó a tentador de hombres.

Y con dudoso buen gusto me complazco en pensar que durante miles y miles de años debió sentirse el Diablo bien humillado, y aun aburrido, de tentar a los hombres a los pecados carnales y materiales, habituales y monótonos, de gentuza cual mesopotamios, nilotas, fenicios, reduciéndose así, casi exclusivamente, a *tentador de semitas*. No consta que tentara a un solo ario.

Algo remonta su nivel de tentador al meterse con Job. Desgraciadamente está ya el Diablo tan habituado a sus multiseccularmente eficaces mañas que no sabe tentarle sino materialmente: en sus ganados, hijos, cuerpo. La tentación teológica se la puso Job a sí mismo. Pero si mis escasos conocimientos del hebreo no me fallan en estos momentos en que los necesito —y no he querido ceder, por respeto, a ningún rabino— la palabra que emplea la Biblia para designar aquí al Diablo permite, de seguro, la traducción recibida y decorosa de «el tentador» (*ha satan*); mas, de atenernos al ambiente del diálogo entre Jehová y el Diablo, a la manera como entra y sale el Diablo de la presencia de Dios, y lo acogen los «hijos de Dios» —interpretados como ángeles buenos— y ponemos oído al retintín de burla con que Dios toma las palabras del Diablo, asáltame la impresión de que el Diablo es «el bufón» de la corte divina, de una corte montada sobre protocolo moral —no había aún otros aceptables como dignos de la corte celestial. Y no dejo de admirar la meticulosidad de los copistas o escribas hebreos: con sólo trastocar un puntito sobre la *sch.*, de *Tentador* resultara —perdone el lector— «el meón»; y, en rigor de la palabra, «el meón público». Los santos no han sido más galantes en sus epítetos dados al Diablo.

Y para dejar un instante en paz a teólogos y santos, relea el lector la obra de Thomas Mann *El doctor Faustus*, capítulo XXV: «Lo único que no aganta el diablo es que se le llame *Señor que dice y no hace*, lo demás le importa un bledo; son habladurías de genticilla envidiosa y ruin».

Cayó el espíritu puro a *Diablo*; el Diablo decayó en *Tentador de hombres*; se rehace un poco, y no muy seguro, como *bufón* de la corte celestial, y cae mucho más abajo al convertir a ciertos hombres en *posesos*; de éstos los sacaba Jesús por legiones, y los encarnaba a veces en cerdos; de espíritus impuros, inquilinos en cuerpo y alma de hombres, recaían en animales impuros por prescripción religiosa. Y los pobres cerdos, en piara y doblemente impuros, se arrojaban al lago más cercano —con la natural secuela de ahogarse, y la económica de arruinar a sus dueños.

De este decadente oficio desengañados y asqueados, los diablos han dejado de hacer *posesos*, y los llamados *posesos*, abandonados por los diablos, han pasado a posesión de la psiquiatría.

¿Dónde está, pues, y qué hace ahora el Diablo?

Todavía Tomás de Aquino creía firmemente que «el aire» —el de nuestra tierra, no conocía otro— «es el lugar de penas de los demonios» (*Summ. Theol.* Part. I. cuest. cit. art. 4). Su oficio de tentador de hombres sólo podía ejercitarlo, cómodamente, estando en la tierra; y, para mejor moverse, domiciliándose en el aire.

El tipo de tentaciones del Diablo ha variado; su clásico repertorio de tretas, trucos, mañas incluye ahora, sobre todo, las técnicas del disimulo. El Diablo ha cedido en su vanidad de darse a conocer presto, de sacar demasiado pronto los cuerpos o enseñar la oreja. Le pasaba ya con desoladora frecuencia, y a su manera, lo de «cornudo y apaleado».

Nada ya de aquellos célebres pactos con el Diablo. A última hora la Virgen, el *Deus ex machina* de la teología popular, intervenía —y el pacto «se iba al diablo».

A nuestra vez los hombres hemos perdido la cómoda ostumbre de echar por todo la culpa al Diablo. Según el Catecismo le correspondería, a lo más, la tercera parte: «Los enemigos del alma son mundo, *demonio* y carne». Pero el valor de comodidad de echar la culpa de todo lo malo a alguien no se ha desvalorizado.

Introduzcamos, con perdón por la fraseología, en la fórmula anterior dos paréntesis con dos variables. «Los enemigos del () son mundo () y carne».

El demonio ha aceptado, complacido, ocultarse tras múltiples cosas que, en primer plano, rellenan el paréntesis en que antes ostentaba de cuerpo presente el Diablo sus cuernos y las deladoras llamas de sus ojos. A veces los hombres solemos aceptar agradecidos, y aun honrados, el que se nos oculte el regazo, de alguna Grandiosa y Grandilocuente Entidad.

Con todo, al primer paréntesis, el de *hombre* o *alma*, continuamos pertinazmente, de una manera u otra, llenándolo nosotros, aunque cada vez con un *Nosotros* más concreto y resaltante:

«Los enemigos del *hombre católico, apostólico y romano* son mundo, *protestantismo* y carne» —se dijo un tiempo, y es aún versión española. «Los enemigos del *hombre católico, apostólico y romano* son mundo, *masonería* y carne» —versión posterior, muy española también, y aún vigente en España.

«Los enemigos del *hombre católico* son mundo, *liberalismo* y carne» —versión desacreditada ya, por lo ñoño del liberalismo actual.

«Los enemigos del *hombre cristiano* son mundo, *comunismo* y carne», fórmula última de versión, eficacísima, para regocijo secreto del Diablo; nunca le sirvieron mejor plato. Y el Diablo se frota las manos de gusto, al ver que la sentencia se contrae un poco más, se condensa, y lo oculta a él mucho más, y tanto más potente se vuelve:

«El enemigo de la *civilización cristiana y occidental* es el comunismo» —mundo y carne que se los lleve Hollywood.

Pero el Diablo debe pasar su trago amargo al notar que la frase «El enemigo del *comunismo* es el *capitalismo*» no se presta a escondite suyo. El comunismo no cree en el Diablo, y no cree tampoco que el capitalismo sea lo que es por causa del Diablo, ni siquiera por virtud del mundo y carne.

No podía bajar más el Diablo; no se cree ni que exista y sea el causante de lo peor de lo peor. Lo malo, lo peor y lo pésimo es obra, exclusiva, de *nosotros* —del tipo de sociedad.

Por otra parte, y para colmo de males, el Diablo ya no debe saber a qué carta jugar, dónde ponerse. Durante un tiempo sólo que su lugar es la izquierda del hombre; la derecha estaba reservada al ángel bueno. A cada hombre nos ha-

cían guardia un espíritu bueno: el ángel custodio, y uno malo, nuestro demonio. Pero, por aquellos tiempos, la derecha era derecha, y la izquierda izquierda. Y los ángeles, buenos o malos, sabían cuál era su puesto; corría por cuenta de ellos el conservarlo. Ahora el mismísimo cristiano se encarga de hacer que ángeles y demonios no sepan ya dónde están. Las derechas, en un santiamén, dan media vuelta y están a la izquierda; y ciertas izquierdas, de repente y por un *quitame allá o dame esas pajas*, giran, y están a la derecha. Y no es esto lo peor, si se hiciera una vez que otra, o la rotación fuera diurna, mensual o anual según calendario. La rotación es continua y al azar; y los hombres de principios, ángeles y diablos, maréanse —todos por igual. Y esto sí que jamás le había pasado al pobre Diablo a lo largo de su multiseccular historia. Con Lutero supo a qué atenerse; y con León X, también. Cuando un santo —si no recuerdo mal, Santa Teresa— le escupía, debió parecerle sucia secuela, pero de correctísima lógica. Que San Miguel o San Jorge, creyéndose victoriosos sobre él, le pusieran encima el pie o la lanza, cosa era de mal gusto, mas de lógica aplastadoramente coherente. Sabía a qué atenerse. Ahora ni en el aire puede parar: es ya lugar de paso de aviadores, turistas, bombarderos, «hongos» atómicos, «techos» nacionales...

Hace años, allá por el 1957 y aquí en Caracas, disputábamos un amigo mío, queridísimo y católico, y yo sobre la existencia del Diablo. Naturalmente él a favor, yo en contra. Agotados los clásicos argumentos, el ingenuo sutil e inagotable de mi amigo católico improvisó tres:

«*Primero*: hay Diablo, porque hay teología».

«*Segundo*: hay Diablo, porque... »; y aquí no puedo poner *lo que hay*, pues no estoy muy seguro de que me protejan suficientemente todas las garantías *que hay*.

«*Tercero*: hay Diablo, porque el diablo eres tú, y tú existes».

Dejando aparte las respuestas dadas a los dos primeros argumentos, la contestación al tercero fue: «no podría bajar el diablo a menos», «es el colmo de la decadencia del diablo».

De la tercera respuesta quedamos descontentos todos: el Diablo, mi amigo y yo.

Y ahí terminó la discusión; y aquí concluye el artículo.